



Quito, enero 2024

EL GRUPO PSICOANÁLISIS QUITO ANTE LA DECLARACIÓN DE GUERRA INTERNA

Han pasado varios días desde que, en Ecuador, el gobierno declaró el *Estado de guerra*. Solo ahora, podemos decir algo ante el horror del significante “guerra” asechando nuestra sociedad, nuestras familias, nuestras vidas.

A la sostenida escalada de la violencia instaurada a través de algunos años -pero también de la pobreza, la exclusión, la desigualdad y la impunidad- que ha alcanzado niveles inimaginados: balaceras, extorsiones, plagios, continuas crisis y masacres carcelarias, incesantes muertes; se suma la violencia, en estos momentos, como reacción, del Estado, que ha perdido el control por su débil y debilitada institucionalidad.

Recordemos que hace muy poco tiempo, los medios de comunicación mostraban la escandalosa y sorprendente trama entre la política, los intereses del crimen organizado, algunos personeros del ámbito de la justicia y ciertos miembros de las fuerzas de seguridad (Caso Metástasis). La acción sostenida por la Fiscalía del Estado, mediante investigaciones, desnudó operaciones de narcotráfico y la connivencia de algunos jueces, varios políticos, ciertos funcionarios de las fuerzas de seguridad y determinados medios de comunicación. La conmoción social, por la información recibida, se vio enturbiada por las acciones violentas en las cárceles y en los atentados de los que fuimos testigos en canales de televisión, en los hospitales, a personeros de la fuerza pública y a la sociedad en su conjunto, al generar como efecto una reacción de pánico en la población, que logró ensombrecer lo que se venía señalando desde las actividades de la Fiscalía. Adicionalmente, las acciones criminales y sus mentores, nos llevan a un mayor empobrecimiento de la población, al verse afectados el comercio, el turismo, el trabajo, la movilidad, los vínculos y la cultura del trabajo, etc.

Los hechos que se suceden, nos llevan a descuidar los motivos latentes de toda esta situación: corrupción rampante en la clase política, debilitamiento del orden institucional, pobreza de amplios sectores de la población, falta de fuentes de empleo, descuido de la educación, de la salud y los sistemas de protección social. Al poner las leyes y las instituciones al servicio de proyectos políticos que buscan un poder sin contrapesos, se atenta contra la sana convivencia y se restringe las posibilidades de la población, se debilitan las bases de la convivencia social, orillando a jóvenes a la delincuencia al cerrarles un horizonte



de vida y convertirlos en *carne de cañón* de grupos que lucran con el comercio de sustancias sujetas a fiscalización y otras actividades ilegales.

Hemos visto por televisión, y en vivo, cómo un grupo de adolescentes armados se tomaban la pantalla, sometían a los técnicos y periodistas e intentaban fallidamente transmitir un mensaje. Lo terrorífico no yace solamente en el acto criminal, sino en la constatación cruda de que la sociedad ecuatoriana que ha permitido que sus niños y adolescentes devengan criminales, clame a gritos, y casi de manera unánime, un castigo ejemplar y hasta la muerte de esos chicos (dos ellos menores de edad) a los que el Estado y la sociedad les ha fallado.

Desde entonces se ha legitimado en el imaginario social la idea de que las fuerzas represivas del estado puedan sin más entrar a los barrios marginales, que abundan en nuestras empobrecidas ciudades, para buscar allí el origen de los problemas actuales. Mas, nadie ha pensado en los dineros que se mueven en los ámbitos financieros o que son lavados de manera constante y que alimentan al crimen y lo impulsan. ¿Qué hay de la búsqueda de ese combustible que nubla las conciencias y las doblega?

De ninguna manera la impunidad puede ser una salida, es necesario que el pacto social se haga efectivo. Pero la justicia no llegará si es selectiva y sobre todo, si no se acompaña de justicia social, de equidad e inclusión. Tampoco habrá justicia a largo plazo, si en lugar de acoger a la infancia y protegerla, seguimos condenándola.

Como psicoanalistas, sabemos que el lazo social y la palabra son la vía de la cultura. La violencia cruenta, por el contrario, rompe ese lazo, crea traumas y sufrimiento y quiebra la sociedad. Sabemos también, que los sujetos tenemos una enorme capacidad de construir ante la adversidad, de re-hacernos, siempre y cuando se garanticen condiciones materiales y subjetivas para eso.

Nos solidarizamos ante el sufrimiento de los ecuatorianos y convocamos a la responsabilidad que como sociedad tenemos de “hacernos cargo de nuestra propia crueldad, para que ella no se haga cargo de nosotros”.